

## **La primacía de Dios en Caritas. Visibilizar el rostro de los que sufren la cultura del descarte**

### ***God's Primacy in Caritas. Making Visible the Face of those Suffering the Throwaway Culture***

**Juan Pablo García Maestro, OSST**

Instituto Superior de Pastoral UPSA

Recibido: 26 julio 2019

Aceptado 24 octubre 2019

*Resumen:* La Caritas del presente y del futuro tiene el desafío de poner en el centro de su actividad la “primacía de Dios”. Esta primacía redescubre el orden que existe, en relación estrechísima, entre fe, servicio, liturgia y evangelización. El ejercicio de la caridad cristiana tiene como objetivo que los pobres salgan de su pobreza. La Caritas del futuro deberá visibilizar el rostro de los que sufren la cultura del descarte. Caritas está especializada en la acción caritativa-social, pero no releva de ese deber al resto de la comunidad.

*Palabras clave:* caridad, desarrollo integral, justicia, desigualdad, pobreza, mendicidad.

*Abstract:* The challenge of the present and future Caritas is to put “God’s primacy” at the center of its activity. This primacy rediscovers the close relationship between faith, service, liturgy, and evangelization. The exercise of Christian charity aims to liberate the poor from its poverty. The Caritas of the future must make visible the face of those who suffer from the throwaway culture. Caritas specializes in charitable and social activities, but it does not relieve the rest of the community of this duty.

*Keywords:* Caritas, integral development, justice, inequality, poverty, begging.

## INTRODUCCIÓN

Desearía iniciar esta introducción con el mensaje del papa Francisco a los participantes de la Vigésima primera asamblea general de Caritas Internationalis, que tuvo lugar en Roma el lunes 27 de mayo de 2019. El Papa se centró en tres palabras claves: caridad, desarrollo integral y comunión<sup>1</sup>.

Sobre la caridad, “es importante que Caritas recuerde que la caridad no es una actuación estéril o una simple ofrenda para silenciar nuestra conciencia. Lo que nunca debemos olvidar es que la caridad tiene su origen y su esencia en Dios mismo (cfr. Jn 4, 8). La caridad es el brazo de Dios nuestro Padre a todo hombre, especialmente a los últimos y a los que sufren, que ocupan un lugar preferencial en su corazón. Si considerásemos la caridad como una prestación, la Iglesia se convertiría en una agencia humanitaria y el servicio de la caridad en su departamento de la Logística”<sup>2</sup>.

Sin embargo, la Iglesia es algo más grande: es, en Cristo, la señal y el instrumento del amor de Dios por la humanidad y por toda la creación, nuestra casa común.

La segunda palabra es desarrollo integral. En el servicio de la caridad, está en juego la visión del hombre, que no puede reducirse a un solo aspecto, sino que alcanza a todo ser humano como hijo de Dios, creado a su imagen. Los pobres son ante todo personas, y en sus rostros se oculta el de Cristo mismo<sup>3</sup>.

El servicio de la caridad debe, por lo tanto, elegir la lógica del desarrollo integral como antídoto contra la cultura del descarte y la indiferencia. “La peor discriminación que sufren los pobres es la falta de atención espiritual” (*Evangelii gaudium* (EG) 200). Y añade: “La mayor parte de los pobres tiene una especial apertura a la fe; necesitan a Dios y no podemos dejar de ofrecerles su amistad, su bendición, su Palabra, la celebración de los sacramentos y la propuesta de un camino de crecimiento y de maduración en la fe” (EG 200).

<sup>1</sup> El mensaje se puede ver en *L'Osservatore romano* del 2 de junio de 2019, 7.

<sup>2</sup> *Ibidem*.

<sup>3</sup> Papa Pablo VI, Encíclica *Populorum progressio*, n° 34.

Como nos enseña el ejemplo de los santos y de las santas de la caridad, la opción preferencial por los pobres debe traducirse principalmente en una atención religiosa privilegiada y prioritaria.

La tercera palabra es comunión. La comunión define la esencia de la Iglesia. La comunión hunde sus raíces en la Trinidad. Evidentemente la comunión ante todo debe ser con Dios, pero no se puede vivir la caridad sin tener relaciones interpersonales con los pobres: vivir con los pobres y para los pobres. Los pobres no son números sino personas. Con los pobres aprendemos que la caridad es compartir. El amor hacia ellos es el barómetro para medir en el Dios que creemos y los ídolos que rechazamos.

Siempre debemos tener cuidado de no caer en la tentación de vivir una caridad hipócrita o engañosa, una caridad identificada con la limosna, o como una “píldora calmante” para nuestra conciencia inquieta. Es por esto que debemos evitar asimilar el trabajo de la caridad con la eficacia filantrópica o con la eficacia de la planificación o con la organización exagerada y efervescente.

“Dado que la caridad es la más condicionada de las virtudes a las que el hombre aspira para poder imitar a Dios, es escandaloso ver a los trabajadores de la caridad que la transforman en un negocio: hablan mucho de la caridad pero viven en el lujo o la disipación u organizan foros sobre la caridad en los que derrochan inútilmente tanto dinero. Hace daño constatar que algunos trabajadores de caridad se conviertan en funcionarios y burócratas. La caridad no es una idea o un sentimiento piadoso, sino un encuentro experiencial en Cristo”<sup>4</sup>.

## 1. UNA RELECTURA DEL TEMA DESDE LA TEOLOGÍA PASTORAL

Desde la publicación de la constitución apostólica *Veritatis gaudium*<sup>5</sup> (la alegría de la verdad) del papa Francisco se está in-

<sup>4</sup> Mensaje del Papa Francisco a los participantes de la vigésima primera asamblea de Caritas Internationalis, 27 de mayo de 2019, 7.

<sup>5</sup> Papa Francisco, Constitución apostólica *Veritatis gaudium*. *La alegría de la verdad. Sobre las universidades y facultades eclesiales*, Madrid 2018. Afirma el Papa en el n. 2: “Como tuve ocasión de destacar: “Buscar

sistiendo sobre la necesaria relación entre Teología y Pastoral, y de la formación sólida pastoral de los sacerdotes, seminaristas y todos los agentes de pastoral. Si la Doctrina social de la Iglesia sostiene que la caridad es la más condicionada de todas las virtudes a las que toda persona aspira para poder imitar a Dios, la Teología Pastoral (TP) deberá dar un paso adelante y preguntar cómo se reflexiona a nivel teórico esta premisa y sobre todo cómo se vive en las iglesias particulares, en nuestras parroquias y en los diversos movimientos eclesiales. Por eso sostengo que hoy debería estar presente la Teología Pastoral en todas las disciplinas teológicas.

¿Cuál es la pregunta clave que debe plantear la TP? La pregunta clave es: ¿cómo se instaaura el Reino de Dios en la historia?

Se instaaura a través de las acciones del Anuncio y la Evangelización, la Diaconía, la Comunión y la Liturgia. Son las acciones que identifican a la comunidad cristiana y que son las que nos llevan a responder cómo nos hacemos cristianos.

Detenernos en cada una de ellas de forma muy amplia nos llevaría mucho espacio, pero lo que pretendemos es demostrar que la Diaconía, el servicio, no se entendería sin las otras tres acciones. Es más, sostenemos que lo que da sentido al resto de las acciones es la Liturgia, porque nada se debe anteponer al culto divino, y porque partimos de Dios y concluimos en Él. Es verdad que la caridad es lo que verifica nuestro anuncio, nuestra evangelización, pues qué sería la evangelización sin su dimensión social. La caridad es el barómetro también de nuestra comunión y de nuestras celebraciones.

#### a) Anuncio y evangelización

No está de más recordar que la Iglesia existe para evangelizar. Así nos lo recordaba el papa san Pablo VI en su exhortación *Evangelii nuntiandi* (EN): “La tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia. Evangelizar

superar este divorcio entre teología y pastoral, entre fe y vida, ha sido precisamente uno de los principales aportes del concilio Vaticano II. Me animo a decir que ha revolucionado en cierta medida el estatuto de la teología, la manera de hacer y pensar creyente”.

constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar” (EN 14). Evangelizar es la primera misión de la Iglesia. Pero evangelización es nombre de acción. No consiste solo en anunciar, predicar, verbalizar o explicitar el evangelio. Siendo esta una tarea esencial, no es el objeto terminal de la evangelización. La meta de la evangelización consiste en hacer el Evangelio, practicarlo, traducirlo en gestos y prácticas en la historia humana<sup>6</sup>. Y esto no es moralizar el Evangelio o reducirlo a exigencias morales obligatorias en nombre de una autoridad que se impone heterónomamente a las personas. Es simplemente traducirlo en un estilo de vida que viene a ser buena noticia para quien lo asume. Es traducirlo en una forma de vivir, en una experiencia de vida, en una forma de entender y realizar en plenitud la vida humana personal y comunitaria.

Por eso, la evangelización o nueva evangelización debe incluir entre sus elementos esenciales el anuncio de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI)<sup>7</sup>. Evangelizar a través de la DSI implica la búsqueda del verdadero bien para todos, en el respeto y en la promoción de la dignidad de cada persona, hasta intervenir directamente en la acción sociopolítica. La caridad es el lenguaje que, en la nueva evangelización, más que con palabras, se expresa en las obras de fraternidad, de cercanía y de ayuda a las personas en necesidades espirituales y materiales. La evangelización de lo social a través del anuncio y el testimonio de la DSI mira también a involucrar a todos los hombres y mujeres, encaminándoles a la unión con el Hombre Nuevo.

Pero, ¿a quién debemos privilegiar en ese compromiso por los otros? El dinamismo misionero debe llegar a todos, sin excepciones. Sin embargo, hoy y siempre los pobres son los destinatarios privilegiados del Evangelio, y la evangelización dirigida gratuitamente a ellos es signo del Reino que Jesús vino a traer<sup>8</sup>.

<sup>6</sup> Cf. G. Augustin, “Caminos para anunciar la fe. La tarea de evangelización universal según el espíritu de la *Evangelii gaudium*”, en: G. Augustin (ed.), *La fuerza radiante de la fe, Identidad y relevancia del ser cristiano hoy*, Maliaño (Cantabria) 2016, 79-95.

<sup>7</sup> Sobre la evangelización de lo social envío a mi libro *La opción misionera renovará la Iglesia*, Madrid 2018, 159-186.

<sup>8</sup> “Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural. Sociológica, política o filosófica. Dios le otorga su primera misericordia” (EG 198).

Hay que decir sin rodeos que existe un vínculo inseparable entre nuestra fe y los pobres: “Nunca los dejemos solos” (EG 48).

“Hacer oídos sordos al clamor de los pobres, cuando nosotros somos instrumentos de Dios para escuchar al pobre, nos sitúa fuera de la voluntad del Padre” (EG 187). La falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios: “Si alguno que posee bienes del mundo ve a su hermano que está necesitado y le cierra sus entrañas, ¿cómo puede permanecer en él amor de Dios?” (1 Jn 3, 17).

“Sin la opción preferencial por los pobres, el anuncio del Evangelio, aun siendo la primera caridad, corre el riesgo de ser incomprendido o de ahogarse en el mar de palabras al que la actual sociedad de la comunicación nos somete” (EG 199)<sup>9</sup>.

Evangelizar no es solo anunciar sino también denunciar. Es el valor de parresia de denunciar el desorden económico en el que vivimos. Si matar es pecado, hay que insistir que “nuestra economía mata” y excluye. “No puede ser que no sea noticia un anciano que muere de frío en la calle y que sí lo sea una caída de dos puntos de la bolsa. No se puede tolerar que se tire comida cuando hay gente que pasa hambre” (cfr EG 53).

#### b) La Diaconía

En esta acción de la Diaconía parto de esta idea del teólogo brasileño Hugo Assmann: “Si la situación histórica de dependencia y de dominación de dos tercios de la humanidad, con sus cuarenta millones anuales de muertos de hambre y desnutrición, no se convierte en el punto de partida de cualquier teología cristiana hoy, aun en países ricos y dominadores, la teología no podrá situar y concretizar históricamente sus temas fundamentales. Sus preguntas no serán preguntas reales. Por eso, es necesario salvar a la teología de su cinismo. Porque, realmente, frente a los problemas del mundo de hoy, muchos escritos de teología se reducen a cinismo”<sup>10</sup>.

<sup>9</sup> C.M. Galli, “Las novedades de la evangelización y la opción por los pobres en *Evangelii gaudium*”, en *Corintios XIII* 149 (2014) 102-103.

<sup>10</sup> H. Assmann, *Teología desde la praxis de la liberación, Ensayo teológico desde la América dependiente*, Salamanca 1973, 40.

Miembros de Caritas de nuestras Diócesis piensan con acierto que la situación de pobreza en nuestra sociedad se encuentra en la enorme desigualdad que existe. Pero desearía añadir que lo es también el problema de la injusticia. Esta no es solamente un problema ético o económico, es un problema teológico. Y la razón de ello es porque Dios Padre y Madre en cuya fe confesamos es quien queda cuestionado y, con él, la validez de la causa de Jesús en la historia, la posibilidad de una evangelización significativa.

Con el Concilio Vaticano II la Iglesia se autocomprende como servidora de los hombres y mujeres para llevarles a Cristo e instaurar así el Reino que esperamos. En esta línea decía el papa Pablo VI en la homilía de la eucaristía con la que clausuraba el Concilio: “La Iglesia se ha declarado la servidora de la humanidad. La idea del servicio ha ocupado un lugar céntrico en el Concilio”.

Incluso afirmó Pablo VI que todos los documentos del Concilio Vaticano II deberían ser interpretados a la luz de la espiritualidad siempre antigua y siempre nueva del Buen Samaritano.

La Diaconía hunde sus raíces cristológicas en las palabras de Cristo que “vino a servir y a no ser servido” (Mt 20, 28; Mc 10, 45). “Jesús fue un hombre para los demás”<sup>11</sup>.

Es necesario presentar una Iglesia para los demás, una Iglesia samaritana. El pasaje lucano del Buen Samaritano (cfr. Lc 10) debe ser el paradigma de la Caritas de hoy y de mañana. En esta parábola Jesús de Nazaret no se pierde en definiciones acerca de lo que es el amor, sino que demuestra cómo hay que amar<sup>12</sup>. Para Jesús la verdad se verifica en la praxis. No basta con pensar u orar a Dios, sino practicar a Dios. La pregunta central en esa parábola no es quién es mi prójimo sino quién se hizo prójimo de quien se encontraba al borde del camino. Próximo eres tú. No es aquel que recibe amor, sino quien lo ofrece. Próximo fue el samaritano, que se aproximó al herido y lo hizo su próximo. Próximo, se ha dicho, no es aquel que yo me encuentro en mi camino, sino aquel en cuyo camino yo me pongo. Aquel a quien yo me acerco

<sup>11</sup> D. Bonhöffer, *Resistencia y sumisión*, Barcelona 1971, 224.

<sup>12</sup> De esto he reflexionado en “La Iglesia samaritana: la iglesia que Jesús quería”, en: *La Teología del siglo XXI. Hacia una teología en diálogo*, Madrid 2009, 281-290.

y busco activamente. Es dejar que el otro pase antes que yo (Levinas). Y creemos que ser cristiano es responder a esa iniciativa.

Desde esta idea es como hay que entender la idea de la Iglesia en salida, que tanto insiste el papa Francisco.

¿Qué consecuencias prácticas deducimos de esta parábola hoy? La primera consecuencia es que la parábola representa el mundo al revés: un samaritano que cuida y se preocupa de un judío, medio muerto. La salvación viene de fuera de las fronteras de la ortodoxia; más aún, acaba con las fronteras. En el reino de Dios no se separan los de dentro y los de fuera por su categoría religiosa. Este es un matiz que debemos añadir a la Iglesia en salida. Es decir, ser conscientes que hermanos de otras religiones, o incluso no creyentes salen y se preocupan de los otros y nos curan, son ejemplo de empatía y compasión en favor de los demás. La Iglesia en salida exige salir con los otros que también van en busca de los pobres de Jesucristo. Caritas de hoy y del futuro deberá no solo pensar su actuar desde la Iglesia sino también con y codo a codo con los que pertenecen a otras creencias u otra forma no religiosa de actuar. La segunda consecuencia es que en la parábola, los milagros se hacen posibles. Lo que hace el samaritano lo pueden hacer los oyentes: que el amor solidario triunfe en la vida cotidiana. La finalmente, la tercera consecuencia, es que no se pregunta a quién tengo que amar sino quién me necesita cerca. Sólo desde esta compasión se construye el Reino de Dios.

### c) La Comunión

La categoría de Iglesia pueblo de Dios fue privilegiada por el Vaticano II en su constitución dogmática sobre la Iglesia (LG), y también lo ha sido en parte en la etapa postconciliar. Pero no ha sido el único atributo o título con el que se ha definido a la Iglesia. No podemos olvidar el título de comunión y de Sinodalidad. Basta citar el n. 9 de LG: “Cristo instituyó este pueblo mesiánico para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra”.

Esta comunión no tiene que quedarse en lo invisible, sino que tiene que ser visible. Y ello por dos razones. La primera porque toda persona está a la vez vuelta a su propio centro y orientada

hacia a los demás. Y así como Dios se hace visible en la humanidad del Hijo ( cfr Jn 1, 18), así también el Hijo se hace visible en el hermano (cfr. Mt 25, 31-46; 1 Jn 4, 12). La segunda razón por la que la comunión de los cristianos tiene que hacerse visible anida en la voluntad de Cristo de que vivamos en la unidad (cfr. Jn 17, 21-23). Porque ¿cómo anunciar en verdad y de forma creíble el evangelio de la reconciliación en Jesucristo, cuando ante el mundo aparecen solo unos discípulos de Cristo divididos entre sí?

Por eso, Caritas se debe cuestionar cuál es su compromiso en las parroquias y en las diócesis y a nivel mundial en favor de la unidad visible de la Iglesia.

Esta comunión tiene una razón teológica, no solamente que la comunión hunde sus raíces en la Trinidad<sup>13</sup>, sino también que la comunión adquiere su sentido más profundo en la celebración de la eucaristía. La eucaristía nos pone en comunión con las demás comunidades que celebran el mismo misterio por los demás rincones del mundo.

La eucaristía es el sacramento de la caridad (Benedicto XVI). Pero hay que añadir que donde no hay justicia no puede haber eucaristía. San Pablo lo destaca muy bien en la primera carta a los Corintios: “Cuando os reunís en común, esa ya no es un comer la cena del Señor; porque cada uno se adelanta a comer su propia cena, y mientras uno pasa hambre, otros embriagan” (1 Cor 11, 20-21).

#### d) La Liturgia

La acción litúrgica es el lugar por excelencia en que se origina la transmisión del Evangelio, porque es el lugar por excelencia de su recepción. No se puede hablar de Dios sin haberlo escuchado y sin haber hablado con él, en una relación que es alianza verdadera y vivida realmente. Una evangelización y una diaconía que no se fundamentase en la liturgia y los sacramentos no producirá los frutos deseados<sup>14</sup>.

<sup>13</sup> L. F. Ladaria, “La Trinidad es el Dios uno”, en: G. Augustin (ed.), *El Dios trinitario. La fe cristiana en la era secular*, Maleaño (Cantabria) 2018, 15-27; J. P. García Maestro, “La Trinidad en la Teología Pastoral”, en *Estudios Trinitarios* 2 (2016) 335-350.

<sup>14</sup> Esto lo he desarrollado más ampliamente en “Liturgia y evangelización”, en: *La opción misionera renovará la Iglesia*, Madrid 2018, 119-142.

No olvidemos que la Iglesia Caritas, en salida, ha de partir de la primacía de Dios. El papa Francisco insiste que la opción misionera renovará la Iglesia, pero siempre añade que ha de ser desde la primacía de Dios (cfr. EG 24). El centro y culmen de la vida cristiana es la celebración de la liturgia, en particular de la eucaristía (SC 10; LG 11). Así, vale para la nueva evangelización y para la Caritas, es decir el servicio en la Iglesia, aquello que san Benito abad dejó dicho a sus monjes en su regla: “Nada debe anteponerse al culto divino” (Regla 43, 3). No olvidemos que en el Vaticano II la primera Constitución que se aprobó fue la Sacrosantum Concilium (SC), sobre la renovación litúrgica.

La Iglesia primitiva, sobre todo en Oriente habla de la liturgia como *theologia prima* y de la reflexión dogmática como *theologia segunda*. Y la palabra ortodoxia significa ante todo la correcta alabanza en la liturgia, y sólo en sentido derivado la correcta doctrina.

Como afirma la constitución Sacrosantum Concilium: “La liturgia es la cumbre a la que tiende la actividad de la Iglesia, al mismo tiempo que es la fuente de donde mana toda la fuerza” (SC 10).

Como conclusión de este apartado, sostengo que Caritas tiene este desafío hoy y en el futuro: La primacía de Dios redescubre el orden en la relación estrechísima que existe entre fe, servicio, liturgia y evangelización. La prioridad suprema y fundamental de la Iglesia y del sucesor de Pedro es conducir a los hombres y mujeres hacia el Dios de Jesucristo<sup>15</sup>.

## 2. EL SERVICIO DE LA CARIDAD, TESTIMONIO DEL EVANGELIO ANTE UN MUNDO QUE NO CREE

Para vivir el ejercicio de la caridad debemos practicar un doble dinamismo, que apelando a una metáfora de la conducción,

<sup>15</sup> G. Augustin, “Por un giro teocéntrico en la era secular”, en: G. Augustin (ed.), *El Dios trinitario. La fe cristiana en la era secular*, Maliaño (Cantabria) 2018, 29-51. Para el teólogo George Augustin “la Iglesia ha de ser experta en Dios, especialista en Dios: esta es su competencia. No puede demostrar su aptitud y eficacia solucionando todos los problemas del mundo, sino abriendo al mundo la bondad y la cercanía de Dios”, 39.

denomino “cambio de luces: “cortas y largas”. La caridad reclama de nosotros las luces cortas para aperecernos de las urgencias del momento presente. Es lo que hicieron los primeros cristianos cuando se encontraron con los cadáveres en las calles de las ciudades: había que ir a enterrarlos, tenían que practicar las obras de misericordia. Por tanto, ayer y hoy, “la caridad de Cristo nos urge” (2 Co 5, 14). Pero, si queremos tener perspectivas, debemos alternar las luces cortas de la crueldad de lo real que interpela con las luces largas. Éstas, primero, nos permiten mirar hacia atrás para descubrir la historia, para relativizar y contextualizar las urgencias y descubrir los avances que se han producido. También posibilitan la proyección hacia el futuro<sup>16</sup>. Así, el futuro, se nos presenta como tiempo de Dios y oportunidad, espacio para lo inédito y oportunidad de recreación. Ello reclama que la caridad tenga que coronarse necesariamente con la fe y la esperanza. Necesitamos de la fe – a veces no es tanto “creer en lo que no se ve”, sino seguir creyendo “a pesar de lo que vemos– y de la esperanza que bebe de la experiencia de Dios, se sostiene y se colma en Dios. El pensador Ch. Péguy decía que la fe ha levantado grandiosas catedrales, la caridad ha levantado hospicios y hospitales, pero sin la esperanza el mundo sería un frío y triste camposanto<sup>17</sup>. A su vez, Lain Entralgo la relaciona estrechamente con la fe y la caridad: “A fuerza de creer se espera y se ama, y a fuerza de esperar se llega a creer y amar”<sup>18</sup>.

En definitiva, necesitamos las luces cortas que nos hagan sensibles al dolor ajeno, que nos impidan pasar de largo ante el sufrimiento del prójimo, y que, por tanto, reclaman de nosotros la exigencia inapelable de tener que actuar. Pero, por otra parte, precisamos también las luces largas de la esperanza, la iluminación de la historia que nos dota de una cierta paciencia para ser capaces de darnos cuenta de que nosotros no somos los “conquistadores” del Reino de Dios, sino tan solo sencillos “colaboradores”. Por lo tanto, no somos los solucionadores de todos los problemas; solo realizadores de señales que evocan el misterio

<sup>16</sup> Aquí seguimos las aportaciones de José Luis Segovia Bernabé, “El servicio de la caridad, testimonio del Evangelio ante un mundo que no cree”, en: G. del Pozo Abejón – Juan Carlos Carvajal Blanco (eds), *Parroquias misioneras*, Madrid 2018, 165-188.

<sup>17</sup> Ch. Péguy, *El pórtico del misterio de la segunda virtud*, Madrid 1993.

<sup>18</sup> P. Lain Entralgo, *Creer esperar y amar*, Madrid 1993.

de lo viable inédito ante la brecha de la desigualdad, los desplazamientos forzosos, el desprecio de la vida en todas sus etapas y circunstancias.

Siguen vigentes las palabras de Albert Camus que decía: “Lo que el mundo espera de los cristianos es que hablen alto y claro y que emitan su condena de tal manera que nunca una sola duda pueda surgir en el corazón humano más simple. Que salgan de la abstracción y se sitúen ante la figura ensangrentada que ha tomado la historia de hoy en día”<sup>19</sup>.

Aquí deseamos recordar hermanos cristianos mártires de nuestros días que dieron la vida por hermanos de otras religiones. Pienso en Mons. Pierre Claverie, los monjes trapenses que mataron en Argel. Es lo que yo llamo el diálogo interreligioso de la sangre.

No podemos abandonar a quienes están abandonados por todos. Esto es lo que han demostrado muchos mártires de nuestros tiempos, como lo fue Mons. san Oscar Romero<sup>20</sup>.

Este gesto de “nos quedamos”, de cristianos que a pesar de los peligros de ser asesinados, se entiende muy bien y hasta lo comprenden los paganos y los adversarios de la Iglesia. Son los mártires de la caridad, y los mejores embajadores de cualquier país.

También el servicio de la caridad tiene que trabajar para que los pobres sean nuestros amigos. Esta es una categoría que ha reivindicado el papa Bergoglio en su exhortación *Evangelii gaudium*. Se trata de que los pobres sean sencilla y llanamente nuestros amigos y amigas, hermanos y hermanas en nuestro lenguaje intraeclesial. Mientras los pobres no sean nuestros amigos, estamos haciendo una pseudo-caridad porque la caridad auténtica pasa por la amistad que es experiencia de gratuidad y compartir fraterno. “No tengo ni oro ni plata, pero en nombre de Cristo, hecha andar” (Hch 3, 6).

Finalmente, el ejercicio de la caridad ante un mundo que no cree pasa por la actitud de la compasión y la indignación.

<sup>19</sup> Citado por J. L. Segovia Bernabé, “El servicio de la caridad, servicio del Evangelio ante un mundo que no cree”, 175.

<sup>20</sup> Envío al excelente trabajo de Luis Aranguren Gonzalo, *San Romero de los derechos humanos. Lecciones éticas, desafío educativo*, Madrid 2017.

La compasión es la que ya vimos en el mensaje de la parábola del Buen samaritano, que es esa conmoción interna e intensa ante el sufrimiento ajeno que me lleva a sentirme interpelado por él y a actuar en consecuencia. Es el rostro del otro –que diría Emmanuel Lévinas– que se me impone absolutamente como auténtica epifanía y que percibo como icono del rostro del Totalmente Otro.

¿Por qué pasamos de largo muchas veces ante la gente que me está pidiendo? Porque no somos capaces de mirarle a la cara; si le mirásemos a los ojos no sabríamos decir que no. El rostro del otro activa nuestra compasión.

Sobre esta cuestión de la gente que nos pide una limosna, quisiera aclarar un aspecto que se da mucho en nuestras parroquias. Muchos piensan, con razón, que el ejercicio de la caridad debe estar organizado. Probablemente, en este punto el desafío de los cristianos está en acabar con el deprimente espectáculo de que a las puertas de las iglesias haya habitualmente grupos de mendigos pidiendo limosna, consecuencia, a mi modo de ver, de una inadecuada percepción también por parte de los cristianos de lo que ha de ser la caridad. “Pobre” y “mendigo” no son lo mismo. Pobre es quien carece de dinero o de los bienes necesarios para vivir. Un mendigo es quien ha hecho del pedir limosna su oficio. Las Escrituras tiene palabras positivas sobre la pobreza, a la que alaba con frecuencia, pero no hace lo mismo con la mendicidad<sup>21</sup>. “Dichosos los pobres porque vuestro es el Reino de Dios” (Lc 6, 20). Sin embargo, en el libro del Eclesiástico podemos leer: “Hijo mío, no vivas de mendigar; más vale morir que andar mendigando” (Eclo 40, 28). Y en la segunda carta a los Tesalonicenses dice Pablo: “Quien no trabaja, que no coma”. El mismo libro del Eclesiástico, que critica la mendicidad, alaba la limosna cuando dice: “El agua apaga el fuego –ardiente, la limosna expía el pecado” (Eclo 3, 30). En una palabra, la Escritura alaba a los pobres y la limosna, pero rechaza la mendicidad. Los cristianos hemos de ayudar a los pobres, pero no debemos alimentar la mendicidad.

Recuerdo haber leído en Hermann Hesse, una leyenda medieval según la cual un viajero llegó a una ciudad alemana y, al entrar en su catedral, se vio sorprendido porque había dos sedes

<sup>21</sup> J. R. Busto Saiz, “Retos de una parroquia urbana”, en *Sal Terrae* 105 (2007) 313-324, p 321.

presidenciales exactamente iguales. Extrañado, preguntó si es que en aquella ciudad había dos obispos. Le respondieron: No, uno de los tronos es para el obispo, el otro es para el pobre de la Comunidad, a quien tanto alaba el evangelio. Al domingo siguiente, el viajero fue a la catedral para asistir a la misa dominical. Y quedó todavía más sorprendido. El obispo celebraba la Eucaristía y ocupaba su sede, pero el otro trono estaba vacío. Entonces preguntó: ¿No me dijisteis que el otro trono era para el pobre de la comunidad? Le respondieron: Efectivamente, así es; pero en esta comunidad cristiana no hay ningún pobre. Cuando venga uno, ocupará el trono unos pocos días, porque le ayudaremos a que salga inmediatamente de la pobreza<sup>22</sup>.

El ejercicio de la caridad cristiana tiene como objetivo que los pobres salgan de su pobreza. También el ejercicio de la caridad pasa por la indignación. El primer grito de humanización fue: “¡No hay derecho! La indignación es la antesala del sentimiento de justicia. Si la compasión lo es la caridad, la indignación lo es la justicia<sup>23</sup>.”

Entre compasión e indignación –tanto en el nivel antropológico como el teológico– como entre justicia y caridad tiene que darse una relación de mutua circularidad. Y ello porque no se puede experimentar al Dios cristiano de espaldas al dolor del mundo, que la Iglesia está llamada a aliviar.

Como síntesis de este apartado, diríamos que estar con los últimos y que a su vez sean nuestros amigos, nos hará pagar un

<sup>22</sup> Citado por J. R. Busto, “Retos de una parroquia urbana”, 321-322.

<sup>23</sup> Según el último informe de FOESSA sobre la exclusión y desarrollo social (junio 2019) la población en situación de exclusión en Cataluña es del 19,3%, mientras que en Baleares sube hasta el 21,5%. Ambas comunidades se suman así a las regiones donde la población en riesgo de exclusión supera la media española, como Canarias (29%), Extremadura (23,2%), Andalucía (18,6%), Murcia (18, 5%) y Valencia (20, 3%). Solo Castilla La Mancha –una comunidad autónoma tradicionalmente alineada en el eje sur– se ubica ahora más cerca de una situación intermedia.

Otro dato llamativo del Informe es que la recuperación económica además no ha conseguido acortar la brecha entre ricos y pobres. Once años del comienzo de la crisis y cinco años después del fin de la recesión, la pobreza extrema afecta al 8,8% de la población, mientras que otro 9,6% sufre exclusión moderada. Esto supone que existe 1,2 millones de excluidos más que antes de la crisis. Y el 80% de los casos son españoles. Según Raúl Flores, secretario técnico de la Fundación Foessa hoy las condiciones de vida son peores que hace diez años.

precio. No basta con las citas de los Papas, del Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia. Se trata de la parresia para ser capaces de pagar el precio de una gracia que es cara (Bonhöffer).

### 3. ¿QUÉ CARITAS QUEREMOS PARA EL FUTURO?

Leyendo algunas aportaciones de los responsables de Caritas en las diversas diócesis de nuestra Iglesia he podido constatar que a la mayoría les preocupa la enorme desigualdad que existe en el mundo<sup>24</sup>. Es la desigualdad la que crea tanta pobreza. Esta sociedad se ha convertido en una parábola de los muchos Lázaros y los pocos epulones. ¿Hasta cuándo los Lazaros estarán siempre debajo de la mesa de los pocos epulones? Pero el problema es que hoy esta parábola se ha quedado corta. En nuestra sociedad del descarte, de los sobrantes, muchos no pueden ni alcanzar a ser Lázaro. No pueden ni siquiera aspirar a comerse las migajas que caen de la mesa de los pocos ricos. Hoy son los Lázaros invisibles. El gran reto para Caritas, para las comunidades parroquiales, para la Vida Religiosa y para toda la Iglesia es buscar, encontrar a estos que esta economía ha descartado y ha hecho invisible. ¿Sabemos en dónde están? ¿Dónde viven? ¿Sabemos sus nombres? ¿Creamos una cultura del encuentro exclusivamente para ellos? ¿Cómo devolvemos a estos amigos las tres T (Techo, Trabajo y Tierra) que habló el papa Francisco a los movimientos sociales? Hoy deberíamos hablar no solamente de opción preferencial por los pobres, sino la opción obligatoria y exclusiva por los descartados. Ellos sufren en mayor grado de injusticia la ausencia de los tres derechos sagrados: techo, trabajo y tierra.

Pertenezco a la Orden de la Santísima Trinidad y de la redención de cautivos, que fue fundada en 1198 por san Juan de Mata para redimir cautivos que carecían de libertad. Durante siglos hemos sabido los nombres de los cautivos, conocíamos sus

<sup>24</sup> Muy sugerente las aportaciones del director de Caritas Diocesana de Mérida-Badajoz, Jesús Pérez Mayo, *¿Qué Caritas queremos para el futuro?* El texto corresponde a la ponencia pronunciada por el autor en la 74ª Asamblea General de Caritas Española, el 1 de julio de 2017. Ver también el libro de los autores V. Altaba, K. Lorenzo, P. Cristobal, *Retos que nos plantean en la acción caritativa y social*, Madrid 2017.

rostros, su situación. Hoy se está viviendo la peor esclavitud de la historia. La peor experiencia de una persona es perder su libertad y ser reducido a un esclavo. Aristóteles afirmó que la falta de libertad es como reducir al ser humano a un animal. Hoy existen muchos que han llegado a tal nivel de esclavitud y de exclusión que han sido reducidos a lo invisible. Esta es una de las tareas que se espera de Caritas hoy y en el futuro: hacer visible el rostro de los que sufren la cultura del descarte.

¿Qué decir del trabajo interior? Aquí me refiero a la Comunidad eclesial, a los cristianos en particular. Creemos que el encargo del Evangelio alcanza al conjunto de la comunidad cristiana, no sólo de Caritas. Tomando el símil de Pablo en su carta a los Corintios, podríamos decir que somos las manos de la Iglesia y una mano sin el resto del cuerpo está muerta, pero lo que hace esa mano necesita al resto del cuerpo para moverse. Caritas está especializada en la acción caritativa-'social, pero no releva de ese deber al resto de la comunidad.

¿En qué medida nuestras comunidades están concienciadas del deber de transformar la realidad? ¿En qué medida son acogedoras y acompañan a los excluidos? ¿O por el contrario endosan toda esta tarea a Caritas porque “de eso se encargan ellos? Muchas veces ocurre que viene un pobre por la parroquia a vernos y, sin escucharle, enseguida le mandamos a Caritas y nos quitamos de en medio que para eso están “los caritativos” que son los que saben. Esa tentación la tenemos. Pero no podemos olvidar que en nuestra tradición religiosa el pobre es sacramento de Cristo y, además, juicio definitivo para nosotros y para todos (cfr. Mt 25, 31-46). A veces nos fastidian, porque los pobres molestan y tienen la habilidad de que llegan en el momento inapropiado. Pero es Cristo el que llama y o bien nos lo tomamos en serio o nos hemos equivocado de religión.

A veces tenemos la impresión de que en nuestra Iglesia responde a la figura del joven rico del Evangelio. Cree, es practicante, en la liturgia y la catequesis se implica, pero cuando llega el mensaje afecta a los bienes, duda e incluso cree que como cristianos no debemos implicarnos.

Por eso Caritas debería impulsar una buena formación sobre la DSI y sobre la dimensión política de la fe de todo cristiano. De esto se habla poco en las parroquias, en la formación de los sacerdotes, religiosos/as y en la formación de los futuros pastores.

Necesitamos reforzar la espiritualidad que sustente este compromiso y mostrar que esta tarea es una forma de evangelizar<sup>25</sup>. De no ser así nos convertiríamos en una ONG. Este reto no es exclusivo de Caritas, ya que nuestra Iglesia está en salida, acompañando y festejando, imitando al Padre de la parábola del hijo pródigo. Una Iglesia que participa en la transformación del mundo y conectada con la sociedad. No podemos permitirnos el lujo de quedarnos al margen, porque estaríamos al margen de quienes buscan y necesitan justicia.

### CONCLUSIÓN

Concluimos con algunas ideas centrales del mensaje del papa Francisco para la Jornada Mundial del migrante y del refugiado que se celebrará el próximo 29 de septiembre de 2019<sup>26</sup>, y que resumen muy bien lo planteado a lo largo de mi reflexión.

Dice el Papa: “Las personas migrantes, refugiados, desplazadas y las víctimas de la trata, se han convertido en emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos, puesto que se las considera responsables de los males sociales. La actitud hacia ellos constituye una señal de alarma, que nos advierte de la decadencia moral a la que nos enfrentamos si seguimos dando espacio a la cultura del descarte”<sup>27</sup>.

“No se trata sólo de migrantes, también se trata de nuestros miedos. Tenemos miedo a los otros, a los marginados, a los forasteros. Es verdad, el temor es legítimo, también porque falta preparación para este encuentro. El problema es cuando estos miedos condicionan nuestra forma de pensar y de actuar hasta el punto de convertirnos en racistas, intolerantes y cerrados; el miedo nos priva de una oportunidad de encuentro con el Señor”<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> Aquí envío a los excelentes trabajos de V. Altaba Gargallo, *La espiritualidad que nos anima en la acción caritativa y social*, Madrid 2012; D. Mollá, *Espiritualidad en la acción social*, Bilbao 2011; J. García Roca, *Espiritualidad para voluntarios. Hacia una mística de la solidaridad*, Madrid 2012.

<sup>26</sup> Publicado en el *L'Osservatore Romano*, domingo 2 de junio de 2019, 4-5.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 4.

<sup>28</sup> *Ibid.*, 5.

No se trata sólo de migrantes: se trata de caridad. A través de las obras de caridad mostramos nuestra fe (cfr. St 2, 18). Y la mayor caridad es la que se ejerce con quienes no podemos corresponder y tal vez ni siquiera dar gracias.

Como recordó el papa Francisco en su discurso en la Caritas Diocesana de Rabat, el 30 de marzo de 2019: “Lo que está en juego es el rostro que queremos darnos como sociedad y el valor de la vida. El progreso de nuestros pueblos depende sobre todo de la capacidad de dejarse conmover por quien llama a la puerta y con su mirada estigmatiza y desprecia a todos los falsos ídolos que hipotecan y esclavizan la vida; ídolos que prometen una aparente y fugaz felicidad, construida al margen de la realidad y del sufrimiento de los demás”.

Ojalá que el lema de Caritas y de toda la Iglesia en el presente y en el futuro sea lo que oyó el papa Francisco al cardenal Claudio Hummes: “No te olvides de los pobres”. Y frente a la lógica del mundo: primero yo y luego los demás; la lógica del Evangelio es que “primero los últimos”. Los últimos son los primeros, y nosotros tenemos que ponernos a su servicio.